

El Arte en el libro

De los manuscritos a los libros impresos

Fernando Evangelio Rodríguez

Cuando en 1498 Dürero publicó su *Apocalipsis* con 15 grandes xilografías, nadie le llamó a esta obra *libro de artista*, entonces los términos y los conceptos no eran los mismos que se emplean ahora; sin embargo, cinco siglos después vemos que podría encajar perfectamente en el concepto que hoy se acoge bajo esa denominación. La consideración de este libro como una relevante obra de arte es unánime y, sin duda, cuando Fernando Checa dice de él que “*se trata de uno de los conjuntos de imágenes más influyentes de la historia del arte de todos los tiempos*”;¹ está recogiendo y sintetizando el sentir y el acuerdo generalizado acerca de su valoración.

Pero éste, cuya singularidad no es necesario resaltar, no es el único libro de estas características publicado; ni el único ni el primero. Y, aunque el momento en que el *Apocalipsis* de Dürero vio la luz corresponde todavía al periodo “incunable”, la búsqueda para hacer de los libros, objetos que llegasen en su aportación comunicativa más allá del contenido de sus textos, era algo que ya se había experimentado y se seguiría haciendo abundantemente con resultados de gran calidad.

Esta búsqueda de la expresión visual y artística en los libros impresos se dio prácticamente desde los comienzos de la imprenta porque obedecía a una actitud que ya estaba presente desde siglos atrás en la producción de los códices miniados; esos manuscritos que, junto a los textos copiados

(1) Checa, Fernando: “Imágenes para la salvación” en *Dürero y Cranach. Arte y humanismo en la Alemania del Renacimiento*. Madrid, Museo Thyssen-Bornemisza, 2007, p. 323.



Página de mayo del calendario del libro *Las muy ricas horas del Duque de Berry*, 1411-1416, de los hermanos Limbourg. Museo Condé, Chantilly, Francia.

con primorosa dedicación, incluían pinturas –“miniaturas”–,² cuya belleza y expresión sigue asombrándonos; y que, además, estaban decorados con otros elementos como las orlas o las letras capitales. A todo ello se unía, para completar la perfección de estos códices, el cuidado de los materiales y de la encuadernación.

Claro está que no todos los manuscritos fueron realizados según estos parámetros. Muchos de ellos eran concebidos exclusivamente como transmisores de textos religiosos, filosóficos, científicos, etc., y su confección era más austera, reduciéndose la ornamentación al mínimo y careciendo por completo de aportación visual. Estos libros, que eran los más abundantes, estaban destinados a los centros del conocimiento: los monasterios y, con el tiempo, las universidades. Sin embargo, entre las altas jerarquías de la iglesia, las monarquías, y también entre determinados miembros de la nobleza, existía otro tipo de interés que iba más allá de la mera lectura de los textos escritos. Éstos solían comprar o encargar libros que eran considerados por su belleza y distinción obras de arte, como tales los trataban y como tales pasaban de generación en generación, formando parte del tesoro del legado familiar. De entre ellos son de destacar los *Libros de Horas*, en los que la exclusividad no radicaba sólo en el aspecto formal sino que el propio contenido –compuesto por textos religiosos, en especial rezos y salmos–, estaba pensado específicamente para la persona o familia que los encargaba.

Hay muchos ejemplos de estos maravillosos códices. Por citar solo un par de ellos de especial relevancia en la historia del libro y del arte en general, se puede hacer mención del realizado por los hermanos Limbourg a principios del siglo XV, *Las Muy Ricas Horas del Duque de Berry* y del miniado por Jean Fouquet, *Libro de Horas de Etienne Chevalier*, a mediados del mismo siglo. En ambos, como en otras muchas obras de estas características, quienes han trascendido como autores o responsables son precisamente los pintores miniaturistas, dado que los textos son normalmente recopilaciones de oraciones y salmos de muy diferentes orígenes.

Los libros citados son ya del siglo XV, muy próximos a la invención de la imprenta, pero los códices miniados se venían produciendo a lo largo de la Edad Media, desde la época románica, aumentando su presencia conforme avanzaba el periodo gótico. Entre estos códices más antiguos hay auténticas joyas; en España existe un ejemplo que no puede dejarse de nombrar por la gran repercusión que ha tenido no solo en el ámbito bibliográfico sino en el de la propia pintura medieval de nuestro país, se trata del *Beato de Liébana*, un libro que fue escrito en el siglo VIII por un

(2) Este término no hace referencia al tamaño sino que se debe al “minio”, color rojo que no solía faltar en las mismas.